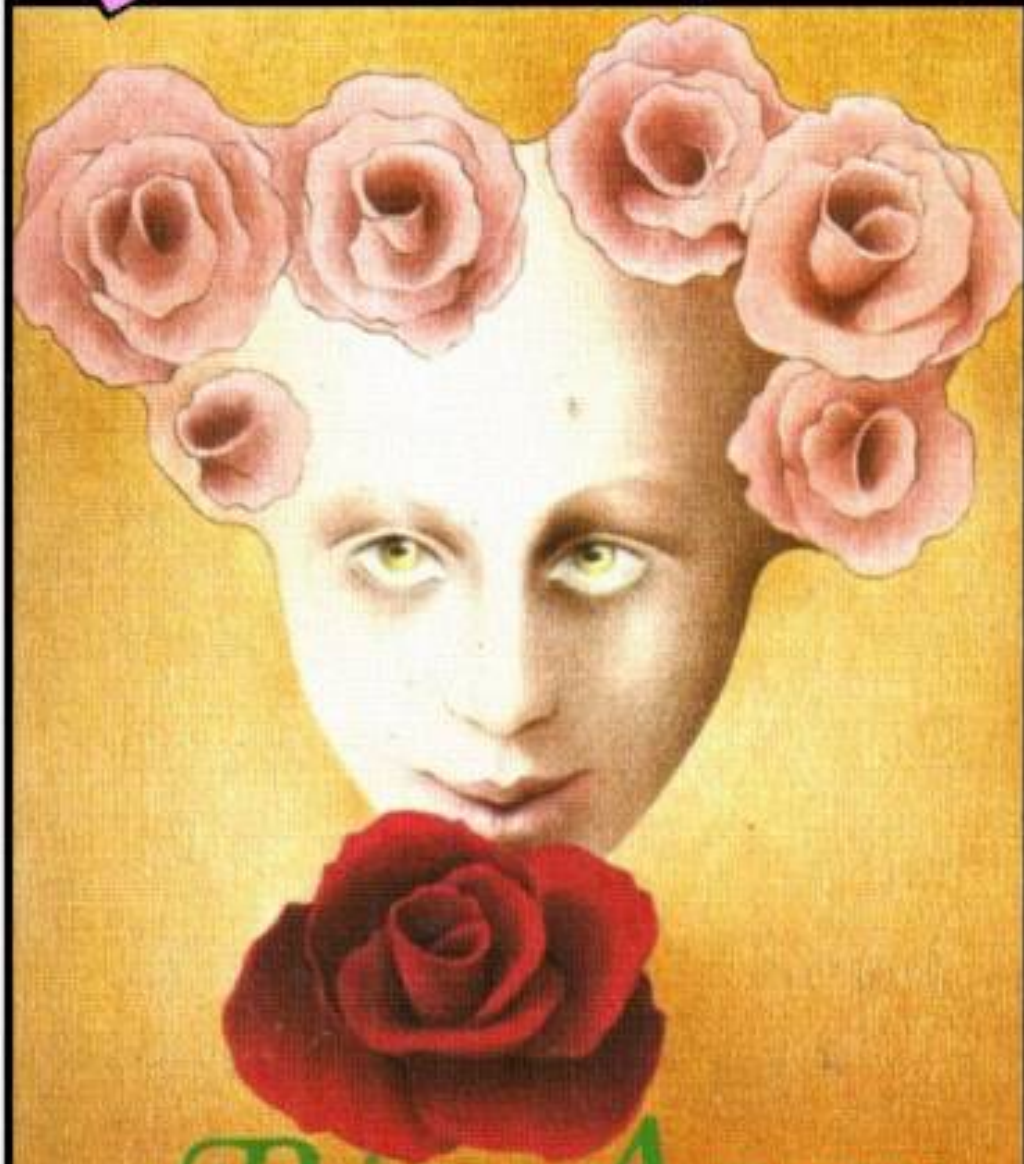


TUS
LIBROS



Primer Amor
Iván S. Turguenev

Al ver a Zenaida, los dieciséis años de Voldemar se inflaman en un amor súbito y apasionado. Pero este “primer amor” se verá dolorosamente truncado por un acontecimiento insospechado. No se sabe qué admirar más en la novela: si el aspecto psicológico o el carácter de la protagonista. “De todos mis tipos femeninos —decía Turguenev— el que más me satisface es Zenaida. Pude mostrar en él una persona realmente viva, coqueta por naturaleza, pero una coqueta atractiva.” Esta mujer apasionada, de recia personalidad, preanuncia otro tipo imborrable de la literatura universal: la Ana Karénina de Tolstoi.

Índice de contenido

Cubierta

Primer amor (Ilustrado)

Proemio

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

Apéndice

Bibliografía

Notas



IVAN SERGUEEVICH TURGUENEV (1818-1883)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original ruso en su primera edición publicada en la Revista Biblioteca para lectura, núm. 3, San Petersburgo, 1860.

Las ilustraciones, originales de Margarita Cuesta Pamies, han sido realizadas expresamente para esta edición.

Dedicado a P. V. Annencov^[1]

Los invitados ya se habían ido. El reloj dio las doce y media. Sólo quedaban el anfitrión, Serguey Nicolayevich^[2] y Vladimir Petrovich.

El anfitrión tocó la campanilla y ordenó retirar lo que quedaba de la cena.

—Entonces, está decidido —dijo, sentándose cómodamente en la butaca y encendiendo un cigarrillo—. Cada uno tiene que contar la historia de su primer amor. Le toca a usted, Serguey Nicolayevich.

Serguey Nicolayevich, rechoncho, de pelo castaño, cara fofa y redonda, miró a su anfitrión y luego levantó la vista hacia el techo.

—No tuve un primer amor. Empecé directamente con el segundo.

—¿Y cómo fue eso?

—Muy fácil. Tenía dieciocho años cuando por primera vez empecé a cortejar a una señorita encantadora. Pero lo hacía como si no fuese una novedad para mí. Así cortejé después a todas las demás. A decir verdad, a los seis años me enamoré por primera y última vez, precisamente de mi niñera. Desde entonces ha pasado mucho tiempo. Los detalles de nuestra relación se han borrado de mi memoria. Y aunque me acordase, ¿a quién podría interesarle?

—Entonces, ¿qué hacemos?—dijo el anfitrión—. En mi primer amor tampoco hay nada extraordinario. Antes de conocer a Ana Ivanovna, mi mujer, no estuve enamorado. Todo marchó a las mil maravillas. Nuestros padres concertaron la boda, inmediatamente iniciamos el noviazgo y nos casamos sin más dilación. Mi historia se cuenta en dos palabras. Yo, señores, tengo que confesar que, cuando propuse

el tema del primer amor, lo hice pensando en ustedes, hombres no diría que viejos, pero tampoco jóvenes solteros. Bueno, usted, Vladimir Petrovich, ¿no podría amenazar un poco la velada?

—Mi primer amor, en efecto, fue poco corriente —contestó después de una pausa Vladimir Petrovich, hombre de unos cuarenta años, de pelo negro, ya canoso.

—¡Ah! —exclamaron simultáneamente el anfitrión y Serguey Nicolayevich—. Mucho mejor. Cuéntenoslo.

—Bien... O mejor dicho, no voy a contarlo. No soy un buen narrador. Cuando narro, o soy lacónico y seco, o prolijo y amanerado. Si me permiten, voy a apuntar todos mis recuerdos en un cuaderno y luego se los leo.

Al principio los amigos no estuvieron de acuerdo, pero Vladimir Petrovich insistió. Dos semanas después se reunieron de nuevo y Vladimir Petrovich cumplió su promesa.

Esto es lo que había anotado en su cuaderno.

I

Tenía entonces dieciséis años. Era el verano de 1833.

Vivía con mis padres en Moscú; ellos tenían alquilada una *dacha*^[3] en Kaluzhskaya Zastava^[4] frente al parque Nescuchnoye. Estaba preparándome para ingresar en la Universidad, pero estudiaba poco, sin hacer el menor esfuerzo.

Nadie ponía trabas a mi libertad. Hacía lo que me venía en gana, sobre todo cuando se fue mi tutor francés, que nunca pudo hacerse a la idea de que había caído «como una bomba» (*comme une bombe*) en Rusia y se pasaba la vida tumbado en la cama con cara de mal humor. Mi padre me trataba con una mezcla de indiferencia y cariño. Mi madre apenas me hacía caso, a pesar de ser su único hijo, pues otras preocupaciones acaparaban su atención. Mi padre, joven y bien parecido, se había casado con ella por interés. Ella era diez años mayor que él. Mi madre llevaba una vida triste. Siempre nerviosa y comida por los celos, se ponía de mal humor, pero nunca en presencia de mi padre, a quien temía. El, en cambio, era seco y frío con ella y la mantenía a distancia... No he visto jamás un hombre de una tranquilidad tan digna, tan seguro de sí y tan dominante.

Nunca olvidaré las primeras semanas que pasé en la *dacha*. Hacía un tiempo espléndido. Nos instalamos el 9 de mayo, el mismo día de San Nicolás^[5]. A veces me iba a pasear por el jardín de nuestra *dacha*, o por Nescuchnoye o Kaluzhskaya Zastava. Me llevaba algún libro, por ejemplo el manual de Kaidanov^[6], pero raramente lo abría. Y más que

leer, recitaba en voz alta (me sabía muchos versos de memoria). La sangre me hervía, el corazón se me encogía ridícula y dulcemente. Esperaba y temía algo. Todo me sorprendía y estaba como a la expectativa. Mi imaginación jugaba y revoloteaba en torno a las mismas ideas, como los pájaros alrededor de un campanario. Me quedaba meditabundo, me entristecía y hasta llegaba a llorar. Pero detrás de las lágrimas y la tristeza, provocadas por un dulce verso o un bello atardecer, brotaba como hierba de primavera la sensación de felicidad que produce una vida joven en plena ebullición.

Tenía un pequeño caballo. Yo mismo lo ensillaba y me iba solo, al galope, lo más lejos posible. Me imaginaba que era un caballero actuando en un torneo (¡qué alegre soplaban el aire en mis oídos!). Al mirar al cielo se me llenaba el alma de su azul y de su luz radiante.

Me acuerdo de que entonces la imagen de una mujer, el fantasma de un amor, casi nunca aparecía de manera clara y nítida en mi mente, pero en todo lo que pensaba, en todo lo que sentía se escondía el presentimiento de algo nuevo, inimaginablemente dulce, femenino, algo de lo que sólo a medias era consciente, pero que hería mi pudor.

Este presentimiento, esta espera inundaba mi ser, recorría mis venas y cada gota de mi sangre... Pronto quiso el destino que esto fuese realidad.

Nuestra *dacha* era una casa señorial de madera, con columnas y dos alas muy bajas^[7]. En el ala izquierda había una minúscula fábrica de papel barato para empapelar. Muchas veces me acercaba a ver cómo una decena de niños escuálidos y desarreglados se subían sobre unas palancas de madera, que presionaban sobre un cuadrilátero, también de madera, que servía de prensa, y así, haciendo peso con sus débiles cuerpos, imprimían dibujos de vivos colores. El ala derecha permanecía vacía y se alquilaba. Un día, tres semanas después del 9 de mayo, las contraventanas, que permanecían cerradas, se abrieron y en las ventanas aparecien-

ron unos rostros femeninos. Una familia desconocida acababa de instalarse allí. Recuerdo que ese mismo día, a la hora de comer, mi madre preguntó al mayordomo quiénes eran nuestros vecinos. Al oír el nombre de la princesa Zasequin, dijo, no sin cierto respeto:

—¡Ah, la princesa!... —Pero luego añadió—: Debe de ser alguna venida a menos.

—Han llegado en tres carruajes de alquiler —dijo el mayordomo mientras servía uno de los platos—. No tienen carruaje propio. Y los muebles son de los más baratos.

Sí —dijo mi madre—. Pero es mejor estar aquí.

Mi padre la miró fríamente. Ella se calló.

Desde luego, era imposible que la princesa Zasequin fuera una mujer rica. El ala pequeña de la casa que había alquilado era tan vieja, diminuta y baja de techo, que nadie, medianamente acomodado, accedería a habitarla. Pero creo que entonces no presté mucha atención a esto. Y el título principesco no me impresionaba gran cosa, pues acababa de leer *Los bandidos* de Schiller^[8].

II

Tenía la costumbre de andar por el jardín con una escopeta esperando que un cuervo se pusiera a tiro. Siempre había odiado a estos pájaros precavidos, voraces y astutos. El día referido llegué al jardín después de haber merodeado sin éxito alguno por todos los caminos (los cuervos ya me conocían y se limitaban a graznar desabridamente desde lejos) y me acerqué por casualidad a una valla muy baja, que dividía nuestra propiedad de la franja estrecha de jardín que se extendía detrás del ala derecha, a la cual pertenecía. De repente oí unas voces. Miré a través de la valla y me quedé de piedra... Vi algo insólito.

A pocos pasos, en un claro, entre matorrales de frambuesa aún verde, estaba una mujer joven, alta y esbelta, vestida con un traje rosa a rayas y con un pañuelo blanco en la cabeza.



... entre matorrales de frambuesa aún verde, estaba una mujer joven, alta y esbelta, vestida con un traje rosa a rayas y con un pañuelo blanco en la cabeza. A su alrededor había cuatro hombres jóvenes, en cuyas frentes hacía estallar por turno unas florecitas grises ...

A su alrededor había cuatro hombres jóvenes, en cuyas frentes hacía estallar por turno unas florecitas grises, cuyo nombre no conozco, pero que los niños conocen muy bien. Estas flores tienen como unas bolsitas que estallan con un chasquido al chocar contra algo duro. Los jóvenes ponían la frente con tanto entusiasmo, y en los movimientos de la muchacha (la veía de perfil) había algo tan delicado, exigente, mimoso, burlón y tierno, que casi grité de admiración y placer, y sentí que estaba dispuesto a darlo todo para que esos deditos encantadores hiciesen estallar una flor sobre mi frente. Se me cayó la escopeta, deslizándose sobre la hierba y me olvidé de todo. Devoraba con la vista su talle tan esbelto, su cuello, sus bellas manos, sus cabellos rubios despeinados bajo el pañuelo blanco, los ojos entrecerrados de mirada inteligente, las pestañas, sus tiernas mejillas.

—¡Oiga, joven! —dijo alguien a mi lado—. ¿Cree usted que está permitido mirar a las damas de otros?

Tuve como una sacudida y me quedé lívido... Junto a mí, al otro lado de la valla, estaba un desconocido de pelo negro muy corto, que me miraba con ironía. En ese mismo instante la joven se volvió hacia mí... Vi unos inmensos ojos grises en un rostro que ahora expresaba excitación e hilaridad. De pronto la cara se estremeció, empezó a reír, sus dientes blancos brillaron, sus cejas se elevaron en un gesto cómico... Me puse colorado, levanté del suelo la escopeta y, perseguido de una carcajada sonora, aunque no maliciosa, me escapé a mi cuarto y me tiré sobre la cama cubriéndome la cara con las manos. El corazón no dejaba de darme brincos en el pecho. Me sentía muy nervioso y alegre. Una emoción nunca experimentada me inundaba.

Cuando hube descansado, me peiné, me lavé y bajé a tomar el té. La imagen de la joven seguía persiguiéndome. El corazón dejó de darme vuelcos, pero se contraía dulcemente.